

Angela Trejo Haager

CHARLA DIA DE LA MUJER GANTE

**HE PERDIDO LA CUENTA DE TUS HUESOS
INTRODUCIENDO MI PALABRA AL TIEMPO
ENTONCES ME FUI A ALGUNA PARTE
CON EL APETITO DORMIDO.
FUISTE TÚ EL SITIO DEL CRIMEN,
QUIÉN ME VOLVIÓ CLANDESTINA MELODÍA,
A QUIÉN CONTEMPLO MEZCLADA DE IMÁGENES
SENTADA EN UNA BUTACA DEL CINE
PARA VER MI SOMBRA.**

En memoria de Susana Chávez, activista asesinada en Enero de 2011 en Ciudad Juárez
Poema para Linda Escobedo, asesinada en Ciudad Juárez el pasado año 2010.

A Susana se le adjudica la frase “ni una muerta más”, símbolo de luchas contra los feminicidios.

**ALGUNOS CARGAN MI CUERPO DESIERTO
TRAS SU ESPALDA
COMO SI FUERA EL SENDERO
UN DÍA CRUZADO PARA MÍ.
MIENTRAS, ME MEZCLO INCLEMENTE
CON CENIZAS DE TODAS LAS CALMAS
CONVIRTIÉNDOME EN MAR DE TORMENTAS,
DE HUESOS PERDIDOS.
ME CONVIERTO EN PENA CLAVADA
EN CARNE VACÍA,
EN PERSEGUIDA PERSIGUIÉNDOTE,
CLAVADOR DE GRITOS,
EN HABITANTE
DE ESTE CUERPO
DESIERTO.**

En memoria de Marisela Escobedo, asesinada frente al palacio municipal en Ciudad Juárez pidiendo justicia por el asesinato de su hija. (Poema de Susana Chávez).

Desde aquí lanzo mi voz de protesta por estas muertas y exijo justicia “Bienaventuradas las mujeres que sufren persecución a causa de la justicia, porque de ellas es el reino de los cielos”.

VERME COMO DIOS ME VE.

Por años y a través de la historia de la humanidad, hombres y mujeres hemos tenido este cuestionamiento, ¿Cómo nos ve Dios? ¿Cómo Dios me observa y yo cómo se lo que Dios sabe de mí?

Y esta frase, “Verme como Dios me ve” es digna de una reflexión filosófica, desde entender cómo o quién es Dios, si es espíritu o materia; hasta tratar de entender quién soy yo y más complicado aún cuando desde mi ser como mujer busca una identificación con Dios bajo un concepto masculino.

Lo cual, va a repercutir en un sin fin de respuestas lanzadas a lo largo y ancho de nuestro mundo y de nuestro pensamiento.

Desde la antropología, las mujeres se ubican entre la vida y la muerte. Periódicamente existe un sangrado y no mueren y de repente su cuerpo se llenaba de vida y salía vida de ella.

Si la mujer tiene control de estos dos espacios poderosos, vida y muerte, habrá que someterla, porque no se logra entender.

En el texto bíblico podemos encontrar momentos en los cuales la mujer quiere entenderse y saber cómo Dios la percibe.

Agar, una esclava egipcia, trabajadora en la familia de Abraham, se ve sometida a prestar su cuerpo para deleite de su amo el cual buscaba descendencia. Agar no tuvo voz en ese momento y al quedar embarazada, llena de vida, poderosa, de nuevo es sometida a abandonar el hogar.

Al encontrarse sola, abandonada en el desierto, embarazada, sintiéndose mal, sabiendo que solo enfrentaría la muerte, tiene un encuentro con el ángel de Jehová, la presencia misma de Jehová.

Y en la narración, Agar reconoce a Jehová como EL VIVIENTE QUE ME VE. En esta dinámica, donde a Agar nadie la quiere ver, es observada por Jehová y ella se percibe como una mujer que entiende que sola no puede estar y necesita regresar para poder vivir. En esta dialéctica, en este movimiento, la observación para Agar le muestra que es esclava y que por mucho que lo intente en ese momento necesita de los otros para poder sobrevivir.

Al pasar de los siglos, las mujeres tuvieron que luchar por buscar alternativas para expresarse y reconocerse como eran.

Y surgen mujeres que escriben, mujeres que hablan en la Edad Media acerca de lo que les sucede en un espacio invisible: el de la interioridad.

En la Edad Media, ellas se apropiaron de los instrumentos de escritura para hablar de sí mismas y de Dios, pues Dios fue lo que encontraron en sus cámaras, en sus moradas, en sus castillos del alma.

Rompiendo las barreras de un mundo que las había condenado al silencio, alzaron las voces que fueron oídas porque salían de sus excesos sobrenaturales.

Articularon sus voces en sus cuerpos, convertidos en signos de Dios, mostrando visiblemente su santidad. Y de este modo se lanzaron a la aventura de poner sus almas a la intemperie y sufrir las transformaciones, los trabajos de la espera.

A la espera de Dios: toda la pasividad del mundo se concentra en su mundo interior. Pues, a la espera de su nada, esperaron ser vencidas, aniquiladas en la Divinidad.

Y se vieron como Dios las veía, desde su interior ejercen una mirada y comprenden que Él las ve tal como son y las entiende y las rescata, haciéndose uno con ellas.

Reflexionan y dicen en labios de Margarita Porete:

Y más adelante comprendió así el amor de la mística por Cristo: “Al menos un hombre la comprendió hasta morir entre los más atroces sufrimientos. El más femenino de todos los hombres que es el Hijo. Que ella no cese más de contemplar en su desnudez ofrecida a las miradas, en las incisiones de su carne virginal, en la extensión dolorosa de su cuerpo crucificado, en las heridas de los clavos que lo agujerean en su suspensión, en su pasión y en su abandono. Inundada de amor por él/por ella misma. Modelo que en su crucifixión le abre una vía de redención en la decadencia en la que se encuentra. En el cuerpo sufriente de Cristo, la mujer se contempló a sí misma.

En la mística femenina en la Edad Media, el amor a Dios no es una idea, sino una experiencia terrible en la que el alma arrastra al cuerpo a participar en ella. Gozo y dolor constituyen las dos caras de una misma experiencia en la que se involucra a la persona en su totalidad. Y el camino de tal experiencia pasó por la pasión de Cristo.

Sí, desde los silencios, desde los sufrimientos, la mujer observó que Dios mismo sufría como ellas.

Esta reflexión de “Verme como Dios me ve” nos lleva a horizontes insospechados, y desde nuestra América Latina, las voces femeninas se alzaron buscando la libertad.

En su necesidad de encontrarse ellas mismas, desde una mirada propia, a través de la escritura logran entender su entorno.

Enriqueta Ochoa, literata colombiana, en 1952 escribe a su hija estas líneas:

“Yo me miro y no soy sino una cripta en llamas, una existencia inconforme, sonámbula, cargada de fatiga.”

Para Enriqueta, Dios la ve desde sus fatigas y cansancios y así se reconoce ella misma, intenta verse de otra manera, pero las circunstancias adversas la dominan:

“Estreno una sonrisa cada mañana, y pido limosna en todas las esquinas. Porque ¿quién va a prestarme su vida, su amor o su Dios? Tengo que comprármelos yo misma, y no me alcanza. Y todo esto que escondo y espero y que no llega, Es la razón que me desangra por dentro...”

Hay un dejo de desesperanza, pues ser mujer en la Colombia de 1952, resultaba muy difícil, pero así Dios la contempla y le permite escribir y expresarse.

A partir de nuestro país, la poeta Rosario Castellanos escribe: “No basta siquiera descubrir lo que somos, hay que inventarnos”.

Y bajo esta frase, recuerdo la historia de la mujer con flujo de sangre, elemento que lleva la vida en sí misma, pero que la estaba enfrentando a la muerte. No solo a la muerte física, sino a la muerte espiritual, pues las leyes religiosas la consideraron impura sin ningún espacio para la sanidad. Se enfrentaba a una muerte social, pues al estar impura era rechazada, no había cabida para ella.

Desea ser sana y toca a Jesús, y él la ve, la ve como la mujer que estaba menstruando, que sangraba, que tenía un olor característico, que estaba debilitada. Desde este espacio, Jesús la percibe y lo que le causaba la muerte

ahora le provoca la vida. Siendo una mujer rechazada, Jesús la ve como Él se sentía, rechazado y desde ahí se coloca Jesús y se ven como uno mismo.

La mujer se inventó de nuevo, no solo descubrió quién era ella, sino que ahora en su nueva condición se re-crea en un camino hacia la libertad.

Cuando la historia y los factores históricos continúan con un NO VER A LA MUJER, Dios insiste en un SI VER A LA MUJER.

Es por eso que nos anima esta visión divina, para lo cual las mujeres han decidido no estar solas sino unidas.

Rut y Noemí, al observar que su mundo ideal había terminado, tuvieron que luchar juntas.

La familia de Noemí, los varones, habían muerto. Ella se encontraba en un espacio sola, siendo extranjera y sin ningún recurso.

Rut con el anhelo de una recién casada y con un proyecto de vida junto a su esposo, se ve sola, llorando, desconsolada y viviendo un duelo que la amarga.

Separadas no iban a lograr nada y es entonces cuando el texto bíblico nos muestra que estas mujeres al encontrarse entre sí, se reconocieron en el derecho de estar juntas, se arrogaron la facultad de arrogar y transformar su espacio y su condición.

Dios la vió juntas, uniendo sus pobrezas y tristezas para salir adelante y en esa dinámica Dios las posiciona de nuevo en la historia.

VIÉNDOME COMO DIOS ME VE. ¿Cómo nos ve Dios? ¿Cómo me ve Dios? ¿Cómo te ve Dios?

Sin duda alguna a todas nos ve de manera diferente, no nos puede ver iguales porque SOMOS ÚNICAS E IRREPETIBLES, no hay nadie más como nosotras.

Dios me como la mujer enferma que soy, con mis dolores, como la que toma un montón de pastillas para un y mil enfermedades, Dios me ve enferma, adolorida, y me acompaña, me sana, me ayuda a vivir en el dolor.

Dios me ve como la mujer que no deja de trabajar, todo el día, corriendo de un lado para otro. Entre el arroz, entre el mole, entre el microondas calentando la comida o entre las tortillas que están a punto de quemarse. El corre conmigo y se quema conmigo y se enoja conmigo y se estresa conmigo. Así me ve Dios.

Dios me ve como la mujer que trabaja en el hogar y fuera de él. Entre las críticas y la incertidumbre de tener que dejar a los hijos e hijas por buscar un sustento para el hogar. Me ve en la computadora, en el enojo de los jefes y la injusticia de los compañeros. Así me veo en Dios.

Dios me ve en el metro y el microbús, entre los empujones de la gente y se desespera cuando no puedo subirme al transporte porque vamos a llegar tarde.

Dios como me ve como la mujer llena de pasión, llena de amor al momento de amar y se goza conmigo, pero también me ve cuando decidí o cuando las circunstancias me obligaron a estar sola. Llena de rabia, de ansias acalladas, de placeres no vividos. Dios me ve tal cual.

Pero también Dios nos ve como mujeres que deseamos la justicia, que luchamos por nuestros derechos y que codo a codo caminamos con nuestros compañeros hombres, en esta unidad deseada, él camina con nosotros.

Dios nos desea ver en esta igualdad, en equidad de género, en espacios para los dos, juntos caminando.

Utilizo las palabras de Amanda Labarca, mujer chilena, en sus reflexiones decía “Me siento de nuevo joven, porque otra vez miro ilimitados los campos de la esperanza”.

Tenemos esperanza al vernos como Dios nos ve, porque somos renovadas, tomadas en cuenta, desde nuestras imperfecciones, Dios no ve y nosotras nos vemos con Él.

DINÁMICA.